



## CAPÍTULO VII.

TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES.—ESTÉRILES OFERTAS DE CUAUHTEMOTZIN.—SON ARRASADOS LOS EDIFICIOS HASTA SUS CIMIENTOS.—HAMBRE TERRIBLE.—GANAN LAS TROPAS LA PLAZA DEL MERCADO.—MÁQUINAS DE GUERRA.

(1521.)

Así pasaron los ocho días prescritos por el oráculo, y el sol al levantarse al noveno día sobre la hermosa ciudad, la vió todavía asediada y circuida por su incesorable enemigo. Fué grande error de los sátrapas aztecas, pero error frecuente en los falsos profetas que solo tratan de causar impresiones sorprendentes, asignar un plazo tan corto para el cumplimiento de sus predicciones.<sup>1</sup>

Los gefes tetzcocanos y tlaxcaltecas mandaron avisar á sus tropas que la profesía habia fallado, y á llamarles de nuevo al campamento español. Los tlaxcaltecas que habian detenidose en el camino, se volvieron avergonzados de su fácil credulidad y animados de su antiguo odio, aumentado ahora por el artificio de que habian sido juguete. Siguieron su ejemplo otros confederados, con la facilidad y ligereza propia de gentes cuyas acciones son el resultado de la supersticion y no del convencimiento. En poco tiempo volvió á verse el general español dueño de un auxilio, si no tan numeroso como antes, pe-

<sup>1</sup> Sin embargo no son tan vituperables los sátrapas si acaso es cierto, como nos lo asegura oñis, que el diablo andaba por aquellos días insinuándose activísimamente en los oídos de su rebañó, ya que no podia insinuarse en sus corazones. *Conq. lib. 5, cap. 22.*

ro á lo menos suficiente para dar lleno á sus planes. Recibióles á todos con afable indulgencia, y les manifestó que no obstante que se habian hecho acreedores al castigo digno del alto crimen de desercion, se los perdonaba en atencion á sus pasados servicios, los que debian conocer que no eran de modo alguno indispensables á los castellanos, pues ya habian visto que durante la ausencia de los aliados, eran capaces de sostener el sitio con el mismo vigor que si hubiesen éstos halládose presentes; pero que no queria de ningun modo, que los que habian partido con los blancos los riesgos y penalidades de la campaña, no partiesen tambien sus triunfos ni concurriesen á la toma de la capital, cuyo suceso podia asegurar, con mas fundamento que los sacerdotes indios, se verificaria dentro de poco tiempo.

Sin embargo, las amenazas y hazañas de Cuauhtemotzin no quedaban estériles en las provincias remotas. Antes de que hubiesen vuelto á reunirse otra vez los confederados recibió Cortés embajadas de Cuernavaca, distante cosa de doce leguas, y de otras ciudades otomíes de paz con él y que distaban aun mas, implorando los socorros de los españoles contra los formidables vecinos de aquellas ciudades á las que se hostilizaba por ser amigas de los blancos. Pero estos se encontraban en situacion de pedir socorro mas bien que de darlo,<sup>2</sup> por lo que la mayor parte de los oficiales se opusieron á que se accediese á una peticion que debilitaba tan considerablemente la ya menoscabada fuerza del ejército. Pero Cortés conoció que lo que mas importaba era no revelar su debilidad: “mientras mayor sea esta,” decia, “mas necesidad tenemos de cubrirla bajo las apariencias de la fuerza.”<sup>3</sup>

Destacó inmediatamente á Tapia con una partida de cien hombres en una direccion, y á Sandoval con una partida mas considerable, en otra direccion distinta; dando á los dos la órden de que por ningun evento retardasen su regreso mas de

<sup>2</sup> “Y teniamos necesidad, antes de ser socorridos que de dar socorro. *Relac. Terc. pág. 272.*

<sup>3</sup> “Dios sabe,” dice el general, “el peligro en que estábamos; pero como nos convenia mostrar mas esfuerzo y ánimo que nunca y morir pelando, disimuláramos nuestra flaqueza, así con los amigos como con los enemigos.” *Ibid, pág. 275.*

diez dias.<sup>4</sup> Ambos capitanes llenaron pronta y debidamente su encargo: ambos encontraron y derrotaron al enemigo en batalla campal, devastaron sus territorios y se volvieron triunfantes en el término prescrito. En pos suya vinieron embajadores de las plazas conquistadas solicitando la alianza de los españoles; con lo que estos se vieron nuevamente reforzados, y lo que es mas, hicieron ver á sus antiguos aliados que querian y podian protegerlos.

La fortuna que rara vez dispensa con parsimonia ni sus desdenes ni sus favores, se mostró en esta vez liberal con los españoles trayendo á Veracruz una embarcacion cargada de municiones y pertrechos militares. Dicha nave formaba parte de la flotilla que enviaba á la Florida el romancesco caballero errante Ponce de Leon. Las autoridades del puerto hicieron desembarcar el cargamento al instante y lo mandaron sin demora al campamento, á donde llegó con la mayor oportunidad, pues ya comenzaba á escasear mucho la pólvora.<sup>5</sup> Dueño de aquellos recursos determinó Cortés tomar otra vez la ofensiva; pero bajo un plan enteramente diferente del seguido hasta entonces.

En cuanto á las primeras operaciones, dos caminos se podian seguir, como lo hemos dicho: el uno, penetrar hasta el corazon de la capital y desde allí seguir las hostilidades; el otro continuarlas como se habia hecho hasta entonces. Ambos partidos tenian inconvenientes que procuró salvar en el que nuevamente se proponia seguir. Consistia este en no dar un solo paso sin dejar enteramente cubierta la retaguardia, no solo inmediatamente, sino hasta para despues. Por lo tanto determinó que todos los fosos de las calles y de las calzadas fuesen llenados de materiales tan sólidamente que no se pudiese volver á destruirlos. Los materiales para ejecutar esta

4 La fuerza de Tapia constaba de 10 caballeros y de 80 infantes: el alguacil mayor, que así llamaban á Sandoval, tenia 18 ginetes y 100 infantes. *Ibid.*, loco citato. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 32, cap. 26.

5 Pólvora y ballestas de que teniamos muy estrema necesidad." (*Relac. Terc.*, pág. 278.) Probablemente fué la expedicion en que perdió la vida Ponce de Leon; expedicion hecha á esta misma tierra por el romancesco caballero en busca de la "Fuente la Salud." La anecdota se refiere de un modo muy interesante en la obra de W. Yerwing, titulada: "Los compañeros de Colon."

operacion debian sacarse de los edificios de la ciudad, los cuales debian ser destruidos por el ejército conforme fuera internándose, sin distincion entre públicos ni privados, entre palacios ni templos: todos debian ser arrasados hasta los cimientos: todo debia ser destruido hasta que, para usar el lenguaje del conquistador, lo que era agua quedase convertido en tierra firme, y quedase un tránsito libre y no interrumpido á la caballería y artillería.<sup>6</sup>

Cortés no pudo resolverse sin gran repugnancia á seguir este plan de devastacion, porque sinceramente deseaba respetar la ciudad que con entusiasmo llama él, "la mas bella del nuevo-mundo,"<sup>7</sup> y que debia ser el primer trofeo de su gloriosa conquista. Pero en una ciudad donde cada casa era una fortaleza y donde las calles estaban cortadas por multitud de fosos que impedian moverse libremente, la esperiencia habia probado que era imposible no destruirla si se la queria sojuzgar. Por otra parte no habia esperanza de que los aztecas entrasen en un avenimiento pacífico, pues los crueles padecimientos que habian pasado, y la horrible perspectiva que tenian á la vista, lejos de hacerles desfallecer, parece que les infundian un espíritu mas resuelto y un encono mas implacable que nunca.<sup>8</sup>

Los aliados supieron con ilimitada complacencia que aquella era la resolucion del general, y proporcionaron millares de peones que con sus *coas*, se daban prisa á poner por obra la destruccion de la ciudad.<sup>9</sup> En poco tiempo quedaron llenos los fosos de tal manera que el ejército no volvió á ser mo-

6 La manera fria y tranquila con que el conquistador refiere esto en sus Comentarios, tiene quien sabe qué de espantoso, quizá á causa de esa misma sencillez. "Tomé un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á nuestros enemigos, y fué, que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, y fuesen derrocando todas las casas della, del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hobiera toda la dilacion que se pudiera seguir." *Relac. Terc.*, pág. 279.

7 "Porque era la mas hermosa cosa del mundo." *Ibid.*, pág. 278.

8 Mas antes en el pelear y en todos sus ardidés los hallábamos con mas ánimo que nunca." *Ibid.*, pág. 279.

9 Sin embargo, á penas es creíble lo que dice el historiador tetzcocano, que cien mil indios acudieron al campo con aquel objeto. "Viniesen todos los labradores con sus *coas* para este efecto con toda brevedad.... Llegaron mas de cien mil de ellos." *Venida de los españoles*, pág. 42.

lestado. Cortés daba él mismo el ejemplo, trayendo piedras y vigas con sus propias manos.<sup>10</sup> Las casas de los suburbios quedaron enteramente arrasadas, y las acequias llenadas con cañas y ripios, de modo que el centro de la ciudad quedó cercado por una faja de tierra firme en que podía maniobrar libre é irresistiblemente la caballería. Los mexicanos no podían ver con indiferencia que se devastaba su ciudad, y que se les dejaba á descubierto é indefensos, y por lo tanto hicieron los mayores esfuerzos por impedir que los sitiadores llevasen al cabo su plan; pero estos últimos, protegidos por su artillería que hacía un fuego incesante, adelantaban todos los días en su obra de devastación.<sup>11</sup>

El rayo de esperanza que la fortuna había enviado á los mexicanos volvió á desaparecer prontamente, y la niebla sombría que se había disipado por un instante, tornó á envolver á la desgraciada capital, mas densamente que nunca. La hambre y todos los horrores que la acompañan hacían estragos en la acumulada población de México. El sustento que les proporcionaban las víctimas humanas, ó alguna canoa que lograba burlar la vigilancia de los sitiadores, no bastaba.<sup>12</sup> Hubo quien llegara á alimentarse con una substancia mucilaginosa que se recojía en pequeñas cantidades en la superficie de las acequias y de la laguna.<sup>13</sup> Otros apaciguaban el apetito con ratas, la-

<sup>10</sup> Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 153.

<sup>11</sup> El P. Sahagun que recogió las noticias relativas á este suceso, de los actores mismos, y que pudo juzgar de él por el aspecto del país antes de que se hubiesen reparado enteramente los estragos, lo pinta con la animación de un testigo de vista. "La guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y sangrienta que era espanto de verla y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Erán tan espesas las saetas y dardos y piedras y palos que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol; era tan grande la vocería y grito de hombres y mugeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y en robar lo que en ellas había, y captivar niños y mugeres, que parecía un juicio." *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 33.

<sup>12</sup> La carne de los cristianos dejó de servir á los mexicanos de alimento, porque les parecía muy amarga; milagro que el capitán Diaz cree que hizo Dios espresamente para este caso. *Ibid.*, cap. 153.

<sup>13</sup> *Ibid.*, ubi supra.

Secado al sol, tiene este depósito barroso, un sabor parecido al del queso, y era parte del alimento usual de las clases mas pobres, segun Clavigero. *Stor. del Messico*, tomo II, pág. 222.

gartijas y otros asquerosos reptiles que todavía no se salían de la hambrienta ciudad. Pero en la historia no escasean los ejemplos de á cuánto llega el sufrimiento de los hombres cuando los anima el odio y la desesperación.

Teniendo levantada la espada sobre ellos, pensó Cortés que era conveniente hacer otra nueva tentativa para hacerles entrar en razón, y valiéndose de unos nobles que habían caído prisioneros, mandó á Cuauhtemotzin un mensaje que llevaron con repugnancia, por miedo de que les infiriesen alguna violencia. Cortés decía al emperador que todo lo que aquellos hombres valientes habían hecho, era en provecho de su país: que los mexicanos no tenían esperanza de escapar, porque carecían de víveres, no podían salir, sus vasallos los habían abandonado, y engañádoles sus dioses. Que todo el Anáhuac se había sublevado en contra suya, y que no les quedaba mas recurso que rendirse inmediatamente: rogaba al joven monarca que se compadeciera de sus fieles y valientes vasallos que diariamente perecían á su vista á centenares, y de su hermosa ciudad cuyos soberbios edificios estaban reducidos á ruinas. "Volved, le decía, á la obediencia," para concluir, "que en un tiempo habeis jurado al monarca de Castilla: olvidaremos lo pasado: las personas, los bienes y los demás derechos de los aztecas serán inviolablemente respetados: vos se- reís confirmado en vuestra autoridad, y la España volverá á tomar vuestra ciudad bajo su protección."<sup>14</sup>

Los ojos del joven monarca centellearon y sus mejillas se encendieron con la súbita cólera que le causaban propuestas tan humillantes. Pero aunque su pecho ardía en los feroces sentimientos de indio, tenía todas las prendas de un caballero, dice un enemigo suyo que lo conoció muy bien.<sup>15</sup> A los enviados no dió respuesta alguna; pero luego que le pasó el calor del primer momento, convocó un consejo de sabios y de guerreros, y sometió el asunto á su deliberación. Algunos opinaron porque se aceptasen las condiciones, pues eran el único medio de salvación que quedaba. Pero los sacerdotes mi-

<sup>14</sup> Bernal Diaz, ubi supra.

<sup>15</sup> "Mas como el Cuauhtemotzin era mancebo, y muy gentil-hombre y de buena disposición." *Ibid.*, loco citato.

aban las cosas bajo otro aspecto. Conocian que el triunfo del cristianismo acabaría con el influjo de que gozaban. La paz es buena, decían; pero no con los blancos. Recordaban á Cuauhtemotzin cuál había sido la suerte de su tío el emperador Moteuczóma, y cuál la recompensa de su hospitalidad: recordáronle la captura y encarcelamiento de Cacama el señor de Tetzoco; el asesinato de la nobleza por Alvarado; la insaciable codicia de los invasores que habían agotado los tesoros del país; la profanación de los templos; los insultos é injurias que sin tasa habían prodigado al pueblo y á la religión. Mejor es, decían, confiar en las promesas de nuestros dioses que por tanto tiempo han velado sobre nuestra nación: mejor es si es preciso perder de una vez nuestras vidas en defensa de la patria, que arrastrarlas entre cadenas, padeciendo entre falsos extranjeros.<sup>16</sup>

La hábil elocuencia de los sacerdotes que ponía en acción todos los resentimientos de los indios, inflamó la sangre de Cuauhtemotzin. “Pues que esto es así,” exclamó exabrupto, “no pensemos ya mas que en cubrir las necesidades de nuestro pueblo: que aquel que estime en algo su vida, se cuide bien de hablar de rendición: al menos, muramos como mueren los guerreros.”<sup>17</sup>

Los españoles esperaron por dos días la respuesta de su embajada, al cabo de los cuales recibieron en vez de aquella una salida general de los sitiados, que precipitándose por todas las puertas de la ciudad, como un río que se desborda y en oleadas incesantes, llegaban hasta los reales de los españoles y parece que iban á agobiarles bajo el solo peso de la muchedumbre. Afortunadamente la posición de estos últimos en las calzadas aseguraba sus flancos, y lo estrecho de ellas ha-

16 “Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fies de Malintzin ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos han á esclavos y nos atormentará.” *Ibid.*, ubi supra.

17 “Y entonces el Cuauhtemotzin medio enojado les dijo: Pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y de aquí adelante ninguno sea osado de me demandar paces, si no yo le mataré, y allí todos prometimos de pelear noches y días, y morir en la defensa de su ciudad.” *Ibid.*, ubi supra.

cia que su pequeña batería hiciese tantos estragos como si fuese grande. El fuego de la artillería y mosquetería era simultáneo en todas las calzadas, y levantaba gruesas y negras columnas de humo que envolvían á la ciudad y la ocultaban de los pueblos comarcanos. Los bergantines atacaban de flanco las columnas de los sitiados, que después de algunos esfuerzos por mantenerse firmes, retrocedieron en total confusión hasta que su furia impotente vino á estrellarse en estériles gritos contra los muros de la capital.

Cortés activó al punto la ejecución del plan proyectado para la destrucción de la ciudad. Día á día entraban las diferentes divisiones por sus cuarteles respectivos; siendo probablemente Sandoval el que dirigía las operaciones por la parte N. E. de la ciudad. Los edificios, hechos generalmente de poroso *tetzontli*, aunque bajos, eran demasiado sólidos y estensos, y había gran número de acequias; por manera que los progresos del ejército eran lentos, no obstante que todos los días acudían de las provincias comarcanas multitud de peones, que ponían una priesa y empeño en la destrucción de la ciudad, que probaba su impaciencia por romper el detestado yugo de los aztecas. Estos ardían en cólera impotente al ver sus magníficos palacios, sus templos y cuanto habían acostumbrado venerar, arrasado impiamente; sus canales construidos con tanto trabajo, y á lo que parece con tanta inteligencia, obstruidos por maleza y carrizos: en suma, su hermosa capital convertida en desierto por el cual se paseaban triunfantes sus insultantes enemigos. Su odio estallaba principalmente contra los aliados. “Proseguid, proseguid,” les decían, “que mientras mas destruyáis, mas tendréis que reparar después. Si os vencemos nos ahorrareis este trabajo, y si vencen los blancos ellos harán que se los ahorreis.”<sup>18</sup> El resultado justificó esta predicción.

En el furor de su rabia se precipitaron ciegamente sobre las divisiones que protegían á los trabajadores; pero fueron recha-

18 “Los de la ciudad como veían tanto estrago, por esforzarse decían á nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se lo harían tornar á hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que habían de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros.” *Relac. Terc.* pág. 286.